



James Joyce

U L I S E S

Con ilustraciones
de Eduardo Arroyo

13

Galaxia Gutenberg

Ulises



ULISES ILUSTRAPO

JAMES JOYCE

Ulises

Ilustrado por
Eduardo Arroyo

Traducción de
José Salas Subirat

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Joan Tarrida

Título de la edición original: *Ulysses*
Traducción del inglés: José Salas Subirat

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2022

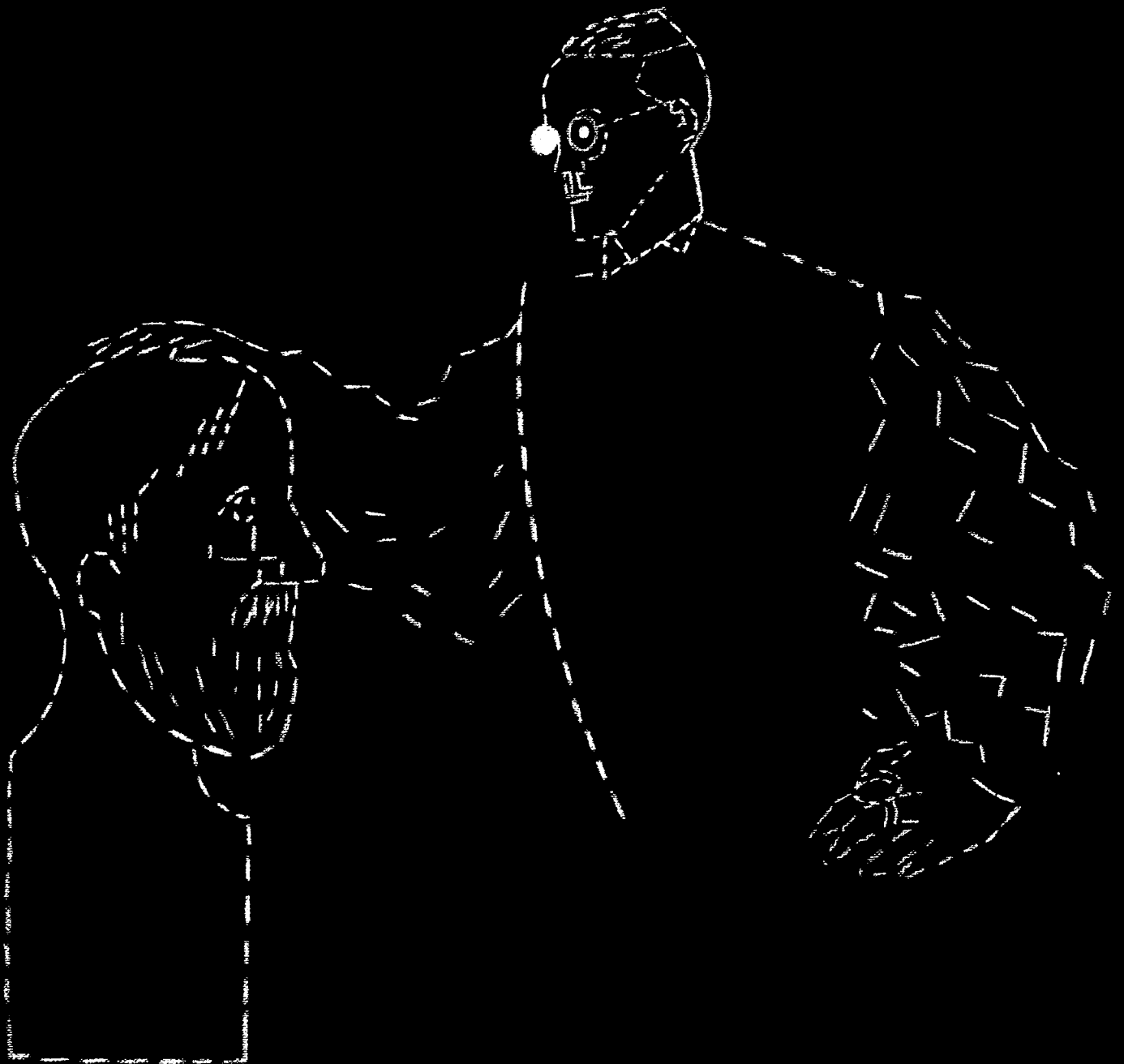
© de las ilustraciones: Herederos de Eduardo Arroyo, 2022

© de la traducción: Herederos de José Salas Subirat, 2022

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 9592-2021
ISBN: 978-84-18807-29-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



En el núcleo de este maravilloso proyecto colectivo se encuentran la capacidad y las afinidades electivas. Cuando visité por primera vez a Joan Tarrida en su elegante oficina de Barcelona me sorprendieron varios dibujos que había sobre las mesas, las sillas y el alféizar de las ventanas. Eran bellísimos.

Hay algo inconfundible en la obra de Eduardo Arroyo. Aunque coqueteó con el dadaísmo y el surrealismo, sus dibujos tienen una intención política más directa, una vivacidad y una generosidad que sugiere que está hablando directamente al espectador a través de su obra.

Cuando supe que aquellos dibujos eran las ilustraciones para el *Ulises* de James Joyce, llegué a un acuerdo con Joan antes, incluso, de empezar a hablar de literatura con él. Para mí, contemplar aquellos dibujos, leer el texto y mirar otra vez los dibujos invocó una especie de revelación. Joyce suele ponerlo todo en el mismo plano: un detalle práctico, una función corporal, un comentario poético o un insulto a la Iglesia católica son protagonistas, todos al mismo nivel. Sin embargo, al leer la novela no logramos entender si nos ha impresionado, intimidado o enfadado, porque hay un montón de sensaciones que nos asaltan de repente. Pero gracias a Eduardo es posible parar y tomar aire: Arroyo se limita a seguir las pistas que Joyce va dejando: una bacinilla para afeitarse, una obsesión erótica, un retrato, un sueño, cualquier cosa que despierte su deseo de convertir una frase en dibujo.

Arroyo acompaña, despreocupado, a Joyce donde quiera que éste vaya. No hay duda de que admira su forma idiosincrática, nada habitual, de conectar los puntos de la vida cotidiana para crear, con ella, literatura de vanguardia.

JUDITH GUREWICH
Publisher
Other Press

A finales de los años ochenta, Eduardo Arroyo padeció una grave enfermedad que hizo incluso temer por su vida. La convalecencia fue larga. Más de una vez afirmó que lo que más le ayudó a sobreponerse a aquel episodio fue trabajar en las ilustraciones del *Ulises* de Joyce. Se las había encargado el entonces director de Círculo de Lectores, Hans Meinke, y Eduardo trabajó en ellas en 1989 y 1990. El proyecto quería conmemorar en 1991 el cincuenta aniversario de la muerte del escritor. Sin embargo la negativa de su nieto, Stephen Joyce, lo impidió. Argumentaba que su abuelo no quería que la novela se ilustrara, aunque nunca mostró ningún documento que lo acreditase. Es más, el propio Joyce pidió a Picasso y a Matisse que la ilustraran, pero ni uno ni otro llevaron a cabo el proyecto. Matisse prefirió ilustrar la *Odisea*, lo que dolió mucho a Joyce.

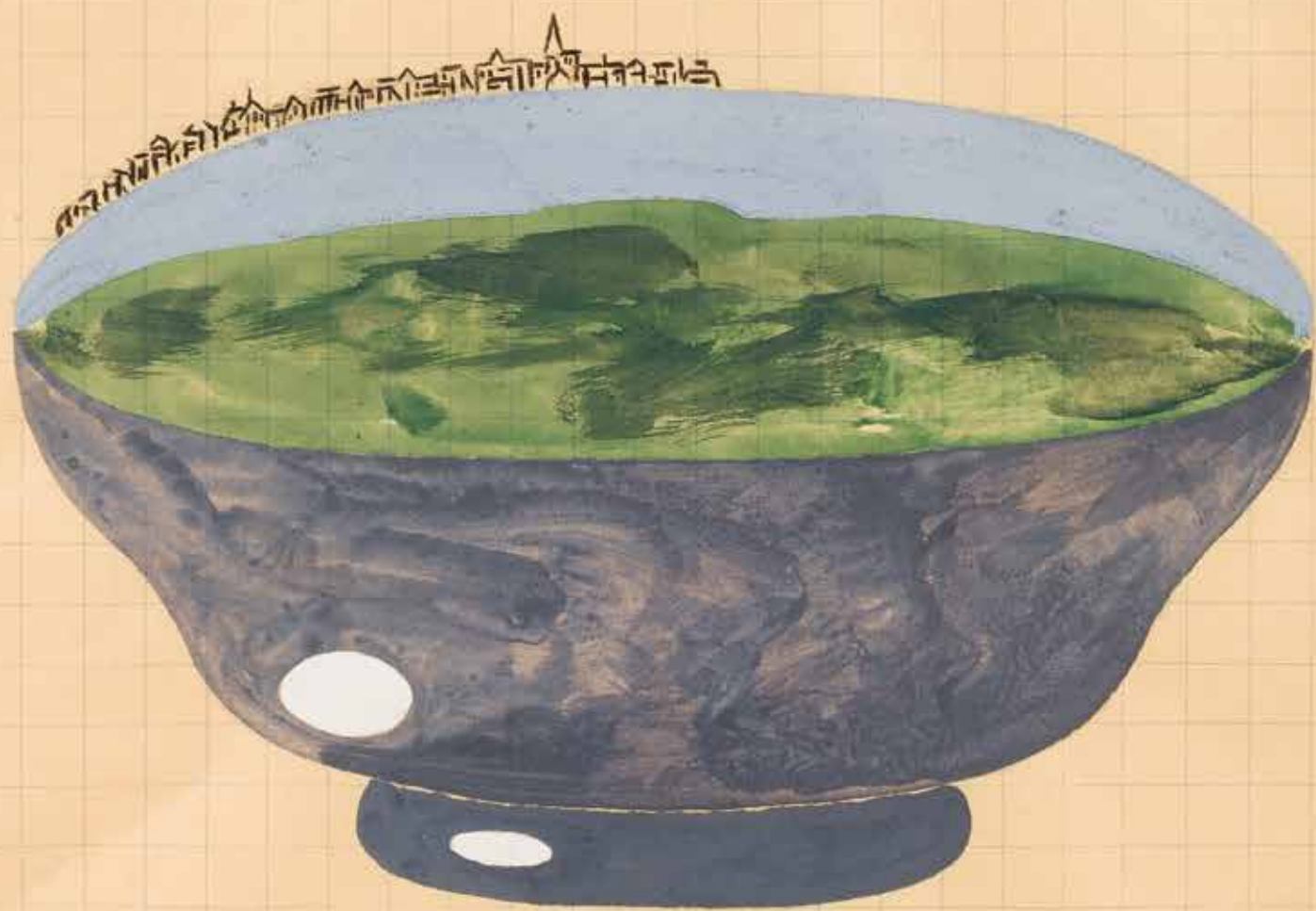
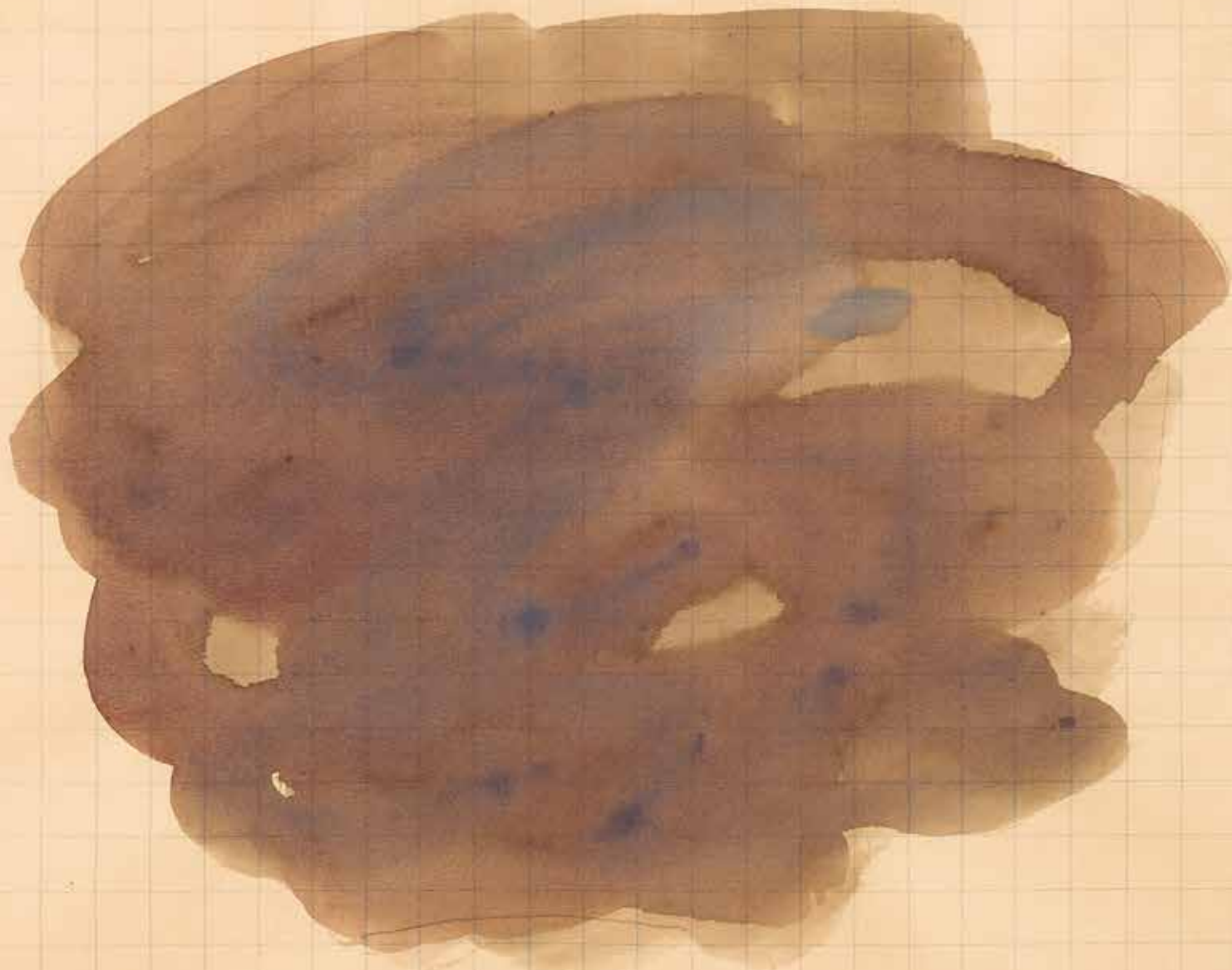
Así pues, la posibilidad de ver algún día reunidos en un solo volumen texto e ilustraciones del *Ulises* ha sido durante los últimos años uno de los proyectos más queridos de Eduardo Arroyo, quien siguió trabajando en ello apoyado durante los primeros tiempos por el escritor Julián Ríos, dando lugar al proyecto editorial más ambicioso del artista: 134 ilustraciones a color y casi 200 en blanco y negro.

En 2011, al entrar en dominio público los derechos de Joyce a los setenta años de su muerte, se abrió una nueva posibilidad. El trabajo entre Eduardo Arroyo y Galaxia Gutenberg continuó y en enero de 2018 nos reunimos en el estudio que el artista tenía en Costanilla de los Ángeles en Madrid, para ver los primeros capítulos ya maquetados. Veinticinco años después los dibujos de Arroyo cobraban nueva vida junto al texto de Joyce.

Pero lo que hizo absolutamente feliz a Eduardo durante los últimos meses de su vida fue saber, en julio de 2018, que Judith Gurewich y su editorial Other Press se habían sumado entusiastamente al proyecto. El sueño de tantos años de Eduardo Arroyo estaba cada vez más cerca de cumplirse: ver sus dibujos publicados junto al texto original de James Joyce, uno de los escritores que le acompañaron toda su vida.

Todo este trayecto desemboca en la feliz coincidencia de que, finalmente, *Ulises* ilustrado por Eduardo Arroyo se publicará cuando se celebre el centenario de la primera edición de la novela en París, en febrero de 2022. Algo que, sin duda, hubiera hecho las delicias del artista.

JOAN TARRIDA
Publisher
Galaxia Gutenberg



–¡Ah, pobre cuerpo de perro! –dijo con voz enternecida–. Tengo que darte una camisa y unos cuantos trapos de nariz. ¿Qué tal los pantalones de segunda mano?

–Quedan bastante bien –contestó Stephen.

Buck Mulligan atacó el hueco debajo de su labio inferior.

–Lo ridículo –agregó alegremente– es que hayan sido usados. Dios sabe qué apestando los dejó. Tengo un par muy hermoso, con rayas del ancho de un cabello, grises. Quedarías formidable con ellos. No bromeo, Kinch. Quedas condenadamente bien cuando estás arreglado.

–Gracias –dijo Stephen–, no podré usarlos si son grises.

–¡Él no puede usarlos! –dijo Buck a su cara en el espejo–. La etiqueta es la etiqueta. Mata a su madre, pero no puede llevar pantalones grises.

Cerró cuidadosamente la navaja y con unos golpecitos de los dedos palpó la suavidad de la piel.

Stephen apartó su mirada del mar y la fijó en la cara rolliza, de ojos movedizos, azul de humo.

–El tipo con quien estuve en el Ship anoche –dijo Buck Mulligan– dice que tienes p.g.l. Está en Dottyville con Conolly Norman. Parálisis general de los locos.

Describió un semicírculo en el aire con el espejo para comunicar las nuevas al exterior, luminoso ahora de sol sobre el mar. Rieron sus labios curvos, recién afeitados, y los bordes de sus dientes blancos y relucientes. La risa se apoderó de todo su tronco fornido y macizo.

–Mírate –le dijo–, bardo horroroso.

Stephen se inclinó y se contempló en el espejo que le ofrecían, agrietado por una rajadura torcida, con los cabellos en punta. Como él y otros me ven. ¿Quién me eligió esta cara? Este desgraciado para desembarazarse de sabandijas. También me lo pregunta a mí.

–Lo robé de la pieza de la maritornes –declaró Buck Mulligan–. Se lo merece. En obsequio a Malachi, la tía siempre elige criadas feas. No le induzcas en tentación. Y su nombre es Ursula.

Riendo otra vez, apartó el espejo de los ojos atentos de Stephen.

–¡Qué rabia tendría Calibán al no ver su imagen en un espejo! –exclamó–. Si Wilde estuviera vivo para verte...

Echándose para atrás y señalando, Stephen dijo con amargura:

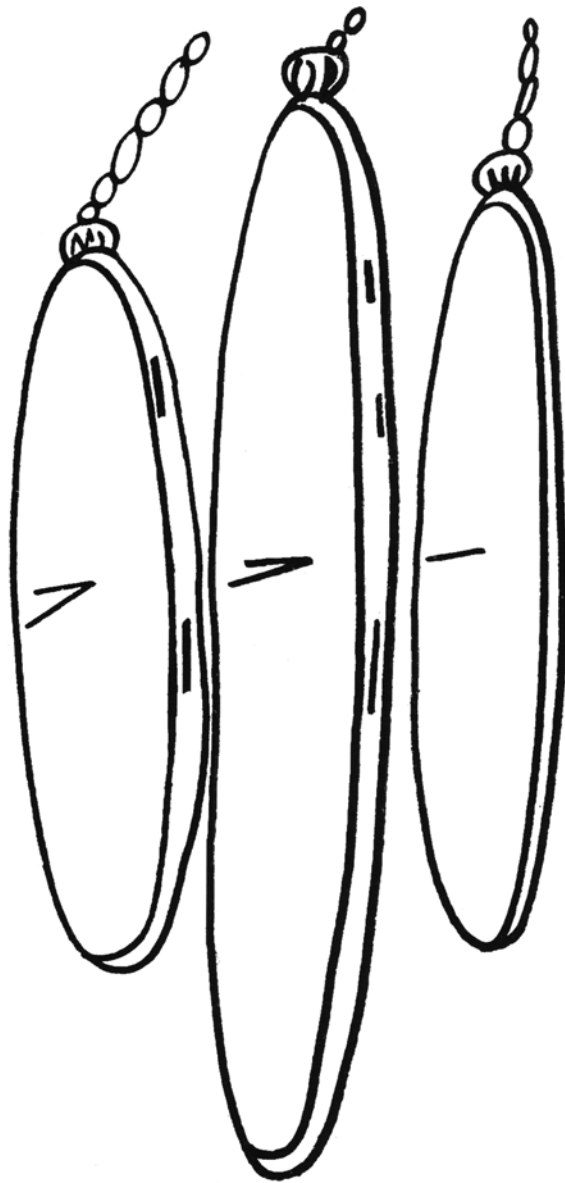
–Es un símbolo del arte irlandés. El espejo agrietado de un sirviente.

Buck Mulligan enlazó su brazo, de repente, con el de Stephen, y caminó con él alrededor de la torre, la navaja y el espejo sacudiéndose en el bolsillo donde los había metido.

–No es justo burlarse de ti de esta manera, Kinch, ¿no es verdad? –agregó con cariño–. Dios sabe que tienes más espíritu que cualquiera de ellos.

Defendiéndose de nuevo. Teme la lanceta de mi arte como yo temo la suya. La fría pluma de acero.

–El espejo agrietado de un sirviente. Dile eso al tipo apestando de abajo y trata de sacarle una guinea. Está podrido en plata y cree que no eres un caballero. Su viejo hizo plata vendiendo jalapa a Zulus o a algún otro maldito estafador. Por Dios, Kinch, si tú y yo pudiéramos tan sólo trabajar juntos podríamos hacer algo por la isla. Helenizarla.



El brazo de Cranly. Su brazo.

–Y pensar que tú tienes que estar pidiendo limosna a estos cochinos. Yo soy el único que sabe lo que vales. ¿Por qué no me tienes más confianza? ¿Qué es lo que tienes sobre la nariz en mi contra? ¿Es por Haines? Si hace algún ruido aquí voy a hacer venir a Seymour y le vamos a dar una corrida peor de la que le dieron a Clive Kempthorpe.

Gritos jóvenes de voces adineradas en las habitaciones de Clive Kempthorpe. Caras pálidas: se agarran las costillas de la risa, abrazándose unos a otros. ¡Oh, me muero! ¡Díselo a ella poco a poco, Aubrey! ¡Me muero! Salta y cojea alrededor de la mesa, las tiras de su camisa hecha jirones azotando el aire, los pantalones en los talones perseguido por Ades de Magdalen con las tijeras del sastre. Una cara asustada de ternero, lustrosa de mermelada. ¡No quiero que me achuren! ¡No jueguen al toro mocho conmigo!

Gritos desde la ventana abierta, que estremecen la tarde en el cuadrángulo. Un jardinero sordo, con delantal, enmascarado con la cara de Matthew Arnold, empuja su segadora sobre el césped sombrío, observando atentamente las briznas danzadoras de pasto seco.

Para nosotros mismos... nuevo paganismo... *omphalos*.

–Que se quede –dijo Stephen–. No tiene nada de malo excepto de noche.

–Y entonces, ¿qué es? –le preguntó Buck Mulligan con impaciencia–. Vomítalo. Soy completamente franco contigo. ¿Qué tienes contra mí ahora?

Hicieron un alto, mirando hacia el cabo romo de Bray Head, que asomaba en el agua como el morro de una ballena dormida. Stephen libró su brazo en silencio.

–¿Quieres que te lo diga? –le preguntó.

–Sí, ¿qué es? –respondió Buck Mulligan–. No me acuerdo de nada.

Mientras hablaba miraba la cara de Stephen. Una brisa leve le pasó por la frente, abanicando con suavidad sus claros cabellos despeinados y despertando argentados puntos de ansiedad en sus ojos.

Stephen, oprimido por su propia voz, dijo:

–¿Recuerdas el primer día que fui a tu casa después de la muerte de mi madre?

Buck Mulligan arrugó bruscamente la frente y contestó:

–¿Qué? ¿Adónde? No puedo recordar nada. Sólo ideas y sensaciones. ¿Por qué? En nombre de Dios, ¿qué pasó?

–Estabas preparando té –dijo Stephen– y yo crucé el rellano para ir a buscar más agua caliente. Tu madre y algún visitante salieron de la sala. Ella te preguntó quién estaba en tu pieza.

–¿Sí? –dijo Buck Mulligan–. ¿Qué te dije yo? No recuerdo.

–Dijiste –contestó Stephen–: ¡Oh!, es tan sólo *Dedalus*, cuya madre ha muerto bestialmente.

Un rubor que le hizo parecer más joven y atrayente cubrió las mejillas de Buck Mulligan.

–¿Dije así? –preguntó–. ¿Y? ¿Qué hay de malo en eso?

Nerviosamente, dominó su embarazo.

–¿Y qué es la muerte? –siguió–. ¿La de tu madre o la tuya o la mía propia? Tú solamente viste morir a tu madre. Yo los veo reventar todos los días en el Mater y en el

Richmond, y cómo los destripan en la sala de autopsia. Es una cosa bestial y nada más. Simplemente no tiene importancia. No quisiste arrodillarte a rezar por tu madre en su lecho de muerte cuando te lo pidió. ¿Por qué? Porque llevas dentro la maldita marca de los jesuitas, sólo que inyectada al revés. Para mí todo es burla y bestialidad. Sus lóbulos cerebrales no funcionan. Ella llama al doctor sir Peter Teazle y recoge flores de sapo en la colcha. Se trata de seguirle la corriente hasta el fin. Contrariaste su último deseo cuando iba a morir y sin embargo te fastidias conmigo porque no berreo como alguna llorona alquilada de Lalouette. ¡Absurdo! Supongo que lo dije. No quise ofender la memoria de tu madre.

Hablaba sólo para envalentonarse. Stephen, ocultando las heridas que las palabras habían dejado abiertas en su corazón, dijo muy fríamente:

–No estoy pensando en la ofensa a mi madre.

–¿En qué, entonces? –preguntó Buck Mulligan.

–En la ofensa a mí –contestó Stephen.

Buck Mulligan giró sobre sus talones.

–¡Oh, persona imposible! –exclamó.

Se alejó rápidamente por el parapeto. Stephen se quedó en su sitio, mirando el mar hacia la punta de tierra. El mar y la punta de tierra iban oscureciéndose ahora. El pulso le sacudía en los ojos, velándole la vista, y sintió la fiebre de sus mejillas.

Dentro de la torre, una voz llamó alto:

–¿Estás ahí, Mulligan?

–Ya voy –contestó Buck Mulligan.

Se volvió hacia Stephen y dijo:

–Mira el mar. ¿Qué le importan a él las ofensas? Olvídate de Loyola, Kinch, y baja. El sajón reclama su jamón matutino.

Su cabeza se detuvo otra vez por un momento al extremo de la escalera, al nivel del techo.

–No te quedes atontado todo el día pensando en eso –dijo–. Yo soy inconsecuente. Abandona las cavilaciones taciturnas.

Su cabeza desapareció, pero el zumbido de su voz que descendía retumbó fuera de la escalera:

Y no más arrinconarse y cavilar
sobre el amargo misterio del amor,
porque Fergus maneja los carros de bronce.

Sombras vegetales flotaban silenciosamente en la paz de la mañana, desde la escalera hacia el mar que él contemplaba. Partiendo de la orilla el espejo del agua blanqueaba, acicateado por fugaces pies luminosos. Blanco seno del oscuro mar. Los golpes enlazados, de dos en dos. Una mano pulsando las cuerdas de un arpa que funden sus acordes gemelos. Palabras enlazadas, blancas como olas, rielando sobre la sombreante marea.

Una nube empezó a cubrir el sol, lentamente, oscureciendo la bahía con un verde más intenso. Estaba detrás de él, un cántaro de aguas amargas. La canción de Fergus: la canté solo en la casa, sosteniendo los acordes largos y tristes. La puerta de ella estaba



abierta: quería escuchar mi música. Con una mezcla de temor, respeto y lástima me acerqué silenciosamente a su lecho. Lloraba en su cama miserable. Por esas palabras, Stephen: amargo misterio del amor.

¿Ahora dónde?

Sus secretos: viejos abanicos de plumas, tarjetas de baile con borlas espolvoreadas de almizcle, una charrería de cuentas de ámbar en su cajón cerrado con llave. Cuando era niña, en una ventana soleada de su casa pendía una jaula. Escuchó cantar al viejo Royce en la pantomima de Turco el terrible y rió con los demás cuando él cantaba:

Soy el muchacho
que goza
de la invisibilidad.

Júbilos reliquiaduendeperdidos: almizcleviejoperfumados.

Y no más arrinconarse y cavilar.

Duendeperdidos en la memoria de la naturaleza con sus juguetes. Los recuerdos acosan su mente cavilosa. Su vaso lleno de agua de la cocina, cuando hubo comulgado. Una manzana rellena de azúcar negra, asándose para ella en el hogar en un oscuro atardecer de otoño. Sus uñas bien formadas enrojecidas por la sangre de los piojos aplastados en las camisas de los chicos.

En sueños, silenciosamente, ella vino después de muerta, su cuerpo consumido dentro de la floja mortaja parda, exhalando perfume de cera y palo de rosa, mientras su aliento cerniéndose sobre él, con palabras mudas y secretas, era como un desmayado olor a cenizas húmedas.

Sus ojos vítreos, mirando desde la muerte, para sacudir y doblegar mi alma. Sobre mí solo. El cirio de las ánimas para alumbrar su agonía. Luz espectral sobre el rostro torturado. Su respiración ronca ruidosa, rechinando de horror, mientras todos rezaban arrodillados. Sus ojos sobre mí para hacerme sucumbir: *Liliata rutilantium te confessorum turma circumdet iubilantium te virginum chorus excipiat.*

¡Vampiro! ¡Mascador de cadáveres!

No, madre. Déjame ser y déjame vivir.

—¡Kinch, ahoy!

La voz de Buck Mulligan resonó desde la torre. Vino desde más cerca de la escalera, llamando otra vez. Stephen, temblando todavía por el grito de su alma, oyó la escurridiza y cálida luz del sol, y en el aire palabras cordiales detrás de él.

—Dedalus, baja, pronto. El desayuno está listo. Haines está pidiendo disculpas por habernos despertado anoche. Todo está bien.

—Ya voy —dijo Stephen volviéndose.

—Ven, por Jesús —dijo Buck Mulligan—, por mí y por todos nosotros.

Su cabeza desapareció y reapareció.

—Le hablé de tu símbolo del arte irlandés. Dice que es muy ingenioso. Pídele una libra, ¿quieres? O mejor: una guinea.